

De tejuelas y alerces: imaginación, territorios e historias a partir de Donna Haraway

Pedro Pablo Achondo Moya ¹,

¹Pontificia Universidad Católica de Valparaíso / Universidad de Chile
E-mail: pedro.achondo@ug.uchile.cl

Fecha de recepción: 20 de julio
Fecha de aceptación: 6 de Septiembre

RESUMEN

El artículo busca explorar desde una mirada posthumanista la red de relaciones que se establecen en torno a la tejuela de alerce. La tejuela de alerce posee una historia interesante, desde los albores de la conquista en el sur de Chile, donde se usaba, sobre todo, para la construcción de viviendas e iglesias, generando un oficio, el tejuleo, y una serie de prácticas presentes hasta el día de hoy. La mirada de Donna Haraway, en lo que respecta a la construcción y recolección de historias, nos permite indagar en otros territorios ligados a la tejuela. Interesa osar y tensionar la imaginación, en vistas de descubrir la riqueza que las interacciones entre el bosque de alerce, la tejuela y los humanos manifiestan. En tiempos de crisis ecosocial se nos exige llevar al límite ontologías y epistemologías, de ese modo el posthumanismo parece propicio para realizar un camino tentacular hacia un futuro multiespecie que nos libere de la debacle del Antropoceno.

Palabras clave: Tejuela; Alerce; Historias; Donna Haraway; Posthumanismo.

ABSTRACT

This article seeks to explore, from a posthumanist perspective, the network of relationships established around alerce shingles. The alerce shingle has an interesting history, since the dawn of the conquest in southern Chile, where it was used, above all, for the construction of houses and churches, generating a trade, the tejueleo, and a series of practices present to this day. Donna Haraway's gaze, in terms of the construction and collection of stories, allows us to investigate other territories linked to shingles. It is interesting to dare and strain the imagination, in order to discover the richness that the interactions between the larch forest, the shingle and humans manifest. In times of ecosocial crisis we are required to take ontologies and epistemologies to the limit, thus posthumanism seems propitious to realize a tentacular path towards a multi-species future that frees us from the debacle of the Anthropocene.

Keywords: Wood Schingles; Larch; Stories; Donna Haraway; Posthumanism.

INTRODUCCIÓN

El posthumanismo no solo exige visitar nuestras miradas y conceptos respecto de la naturaleza, los objetos y seres cohabitantes del espacio y su relación con lo humano, sino también las formas en que dichos conceptos son construidos y representados. Así mismo se nos invita a la creatividad metodológica, la que muchas veces excede los moldes tradicionales a los que estamos acostumbrados en las ciencias humanas y en particular en trabajos académicos. Una de las pensadoras actuales que ha profundizado con mayor creatividad en estos temas es Donna Haraway. Primatóloga y filósofa feminista norteamericana, sin duda, a la vanguardia del pensamiento contemporáneo. Con sus “conocimientos situados” (1987), pasando por las sugerentes propuestas ligadas al feminismo, los cyborgs y la naturaleza (1995), hasta las publicaciones más recientes vinculadas al Antropoceno y las fabulaciones sobre posibles futuros de coexistencia (2016b); su inmensa producción es reflejo de una inusitada creatividad y de un permanente diálogo entre experiencia, política, arte y ciencias.

Uno de sus principales aportes de la reflexión posthumanista tiene que ver con las historias (storytelling). Por un lado, con contarlas y por otro, con descubrirlas y encontrarlas. En una suerte de recursividad narrativa, Haraway va construyendo historias como quien teje un gran telar. En un trabajo de redes se van entrelazando miradas, pensamientos, conceptos y sobre todo experiencias de otros y otras, construyendo una verdadera comunidad de sentido en vistas de pensar el presente y proyectar caminos de futuro.

No cabe duda de que, en cuanto pionera de una forma de acceder al conocimiento y construirlo a partir de las ficciones con las que contamos, Donna Haraway ha impulsado a que muchas pensadoras y pensadores en América Latina y otras latitudes sigan estas formas enmarañadas de comprender la realidad. Esta manera “taxidérmica” (Haraway, 1995, 2019) de hacer, pensar y crear nos permite acceder de una manera nueva al territorio.

En el presente artículo/ensayo quiero presentar un territorio propio del sur de Chile, territorio generado en torno al oficio del tejueleo de alerce y que en la actualidad se encuentra si bien no extinto, efectivamente en un horizonte complejo y comprometido. Esto, dado a que la tala de alerce está prohibida, sin importar el motivo. El alerce (*Fitzroya cupressoides*) es una especie longeva de la familia Cupressaceae, caracterizada por alcanzar grandes tamaños, con árboles de hasta 45 metros de altura y 5 metros de diámetro. Es un árbol de crecimiento muy lento y tiene una madera especialmente resistente al ataque de insectos y hongos, lo que constituye la base para que sea una especie muy longeva (Chilebosque, 2016). El árbol más antiguo fechado es un individuo de 5.484 años, lo que determina que, eventualmente, el alerce sea la especie más longeva del planeta (Barichivich, 2022), desplazando dataciones anteriores (Lara, 1998). Este gigante fue declarado Monumento Natural el año 1976 (DS 490) y con ello especie protegida.

Durante más de un siglo (s. XIX y primera mitad del s. XX) y antes incluso con la llegada de los colonizadores al sur de Chile, los bosques de alerce fueron explotados para el uso de su madera llegando a constituir el principal recurso de la economía de aquellas regiones del país. Gran parte siendo exportada al exterior y otra parte usada para la construcción de viviendas e iglesias, principalmente en el archipiélago de Chiloé. Iglesias que hoy son grandes atractivos turísticos y hermosas obras de la arquitectura. La madera en general y la madera de alerce, en particular, era el único recurso para la construcción. Sin duda apreciada por su durabilidad (más de 250 años a la intemperie), hermosa veta, colorido y facilidad para trabajar (Lara, 2016). Ello generó un oficio –el tejueleo: la fabricación artesanal de tejuelas de alerce. Pero también una forma de habitar y una multiplicidad de relaciones ligadas a esta especie. Los artesanos ligados a la tejuela de alerce continúan trabajando, pues la extracción del “alerce muerto” está permitida; muchos de ellos trabajan reciclando tejuelas y manteniendo viva una tradición cultural, arquitectónica y territorial.

Una perspectiva posthumanista, interesada en los vínculos entre el bosque, la tejuela y los humanos puede permitirnos comprender el territorio de otra manera o, al menos, encontrar en él, en cuanto espacio de representaciones y relaciones enmarañadas, otras formas de habitarlo. Más aún, una lectura posthumanista puede conducirnos al territorio que alberga la tejuela. Siguiendo a Donna Haraway, sus ficciones y fabulaciones especulativas, y asumiendo la importancia de las historias que contamos y los conceptos que usamos para contarlas (2016b, siguiendo la expresión de Marilyn Strathern), se presenta una posible manera de contar la historia de la tejuela de alerce. O, para ser justos, una de las posibles historias que la tejuela me permite contar (Achondo, 2021a). O una versión de esa historia. A la usanza de Haraway, me interesa desentrañar los otros territorios presentes en la tejuela.

El artículo es presentado como un relato etnográfico breve en dos actos, siguiendo los entuertos espacio-temporales ligados a la tejuela y rompiendo las barreras tradicionales sujeto-objeto y naturaleza-cultura para adentrarnos en otra forma de pensamiento y conocimiento. Al final ofrezco una breve relectura, a modo de epílogo, del relato especulativo y situado de una tejuela de alerce.

1. La tejuela en mis manos

Tengo una tejuela de alerce en mi mano. Trato de entenderla, de descubrirla. Ella está ahí descansando, durmiendo en su pasividad de tejuela. Quizás extrañando su espacio. Sus espacios. ¿De dónde eres, tejuela? ¿Por qué lugares has pasado?

Me gustaría que me acompañara en mis expediciones. Que los expertos y expertas de la tejuela pudieran también conocerla, admirarla. Porque mi tejuela es hermosa. Fue extraída de la antigua casa donde vivió varios años el cura obrero Mariano Puga, en la localidad de Colo, Provincia de Quemchi, Chiloé, Región de los Lagos de este país llamado Chile.

Yo mismo la saqué de ahí el pasado domingo 16 de febrero del 2020. Sí, hace ya algunos años. Poco antes que la pandemia nos arrojara hacia un adentro. Hacia refugios que, con seguridad para muchos, están cobijados por tejuelas. Fui a Colo a visitar la iglesia y encontrarme con Mariano, con quien somos –más bien fuimos, pues se le ocurrió fallecer el pasado 14 de marzo de ese mismo año– muy grandes amigos.

Me gustan las tejuelas de alerce y en realidad, el único motivo de llevármela era porque estaba en la casa donde vivió Mariano y porque la casa se está destruyendo de a poco. Va camino a constituirse en ruina. Ya nadie la habita y el paso del tiempo, quizás su antigüedad, la tienen bastante deteriorada. De alguna forma decidí adoptar esa tejuela abandonada y llevarme un trozo de aquel territorio-cuerpo.

La casa en vías de ser ruina también posee una historia. Pertenecía a los papás de Urbano, esposo de la Martita. Ambos son el matrimonio que reside y está, como se usa, a cargo del recinto. Son los cuidadores del territorio. Lo que no es poco: Iglesia, casa del Mariano, entorno, cementerio, medioambiente, y todo lo que dentro de ese espacio podamos encontrar. La casa de los papás de Urbano, como decía, se encontraba abandonada. Difícil datarla, escuché que podría tener unos 80 años de antigüedad. Y eso para el 2002, año en que arribó Mariano a Chiloé. En fin, todo coincidió. En 2002 tuvo lugar la restauración de la iglesia de Colo, a la que se sumó la casa de la familia de Urbano, que desde ese momento cobijaría al cura. Pero no solo a él, sino también a los cientos (y aquí no hay ninguna exageración) de personas que en los años en que Mariano vivió allí pasaron por esas tierras.

La Iglesia de Colo que lleva por nombre San Antonio, fue levantada por los habitantes del territorio a mediados del siglo XIX, en 1858 para ser precisos. Toda ella construida con tejuelas de alerce. Al igual que la casa de los padres de Urbano. En 1999 fue declarada Monumento Histórico y más tarde, en 2013, Monumento Nacional. Ella y sus tejuelas, ella y el entorno, ella y el cementerio donde reposan los muertos a su costado. Ella y las historias. Ella.

Y la tejuela en mis manos...

La tejuela viajó conmigo a Valparaíso, importante puerto de la zona central de Chile, ya que allí es donde resido. Pensé, al llevármela, en ponerla en algún lugar significativo. Casi como una reliquia. Todo eso cambió cuando caí en la cuenta de que podía ayudarme en mi trabajo de investigación. Así mismo como suena. Ella, la tejuela, en su materialidad añosa, antigua, gastada, podría transformarse en una puerta de entrada al mundo de los tejueleros.

Hola ¿cómo está? ¿Qué le parece esta tejuela? ¿Cuántos años le pone? ¿Así por el corte, la forma y la madera, de dónde diría que proviene? ¿Y será posible llegar a decir de qué bosque?

No sé si ella quiere volver a ser árbol, ni siquiera conozco su origen, familia, tronco de nacimiento. Mucho menos quién o quiénes la trabajaron, en qué bosque, con cuáles herramientas. Tampoco si fue un grupo de tejueleros independientes o vinculados a alguna empresa extractiva. Solo me enfrento a

ella así tal cuál se me presentó en la casa de Colo, botada en el suelo, pegada a un trozo de pared abandonado y hoy entre mis manos a cientos de kilómetros de donde, en algún momento del Antropoceno, vino a la existencia.

La tejuela, esta tejuela, representa dos cosas: *las ruinas de un bosque y las huellas de un oficio.*

Eso es lo que quiero escudriñar.

La tejuela en cuestión está rallada y quizás ya lo estuvo antes con otras inscripciones, como anudándose con otras historias y personas. Esta vez fui yo quien, al llegar a Valparaíso, la marqué escribiendo en ella "Parcela 34". Esto se debió a que el lugar escogido para su permanencia sería un terreno que lleva por número el 34. Terreno que por mera coincidencia queda en las cercanías de Quemchi, Chiloé.



Figura 1: Fotos de la tejuela.

Hoy creo que su destino ya no será ese, en realidad ignoro cuál será, ignoro si la tejuela, incluso, algún día podría volver a ser bosque.

Caí en la cuenta de que dije "la marqué", como apropiándomela. ¿Con qué derecho? Tejuela indefensa, ¿cómo devolverte a ti misma? ¡Pero qué digo, si con certeza ya fuiste barnizada quién sabe cuántas veces, martillada, cortada, pintada! Y luego el clima vino a erosionarte, mojarte, limarte. Más parece que eres el conjunto de todo eso, una suma de tiempos, fenómenos y acciones.

Hoy la tejuela está en un no-lugar, fuera de su territorio, lejos de sus parientes, intentando, quizás a la fuerza, establecer otros parentescos, entre ellos, conmigo. La tejuela establece un territorio alternativo, invisible, inimaginado, memorial y afectivo (Achondo y De la Sotta, 2023).

Mirando la tejuela me pregunto por su edad: ¿300, 800, 1000 años? ¿Cómo entender esa presencia

(in)memorial en mis manos? ¿Cómo saber si antes fuiste techo, estuviste en una iglesia, abrigaste una leñera? Eres continuidad material de algún alerce, pero también continuidad memorial, albergas el paso del tiempo.

El tiempo materializado en tus vetas y líneas, en tus colores y matices. Algún día fuiste semilla y raíz; escuchaste el canto de algún pájaro que jamás llegamos a conocer y que, incluso, nunca llegó a formar parte del catálogo de aves tan propio de la modernidad. Eres un ser premoderno, medieval, testigo de épocas antiguas, guardián del tiempo. Frágil ser dependiente de otras especies para crecer, vivir, permanecer. ¿Quiénes permitieron tu presencia hasta hoy? ¿Cuántos han sido vehículo de tu existencia, transportándote por el cielo y el suelo?

Francisco Ramos (2018) dice que las tejuelas duran unos 100 años. No entiendo esa temporalidad. Luego, ¿qué pasa? ¿Te desvaneces? ¿Te desintegras sin más? ¿Cómo podemos ponerte fecha si ni siquiera conocemos el tronco que te trajo al mundo? Nos encanta a los humanos datarlo todo, especificarlo, clasificarlo, marcarlo, encasillarlo, definirlo. Hemos construido aparatos, herramientas precisas y toda una ficción científica para saber. Eso nos desvela, el saber. Pero esas barreras, a fin de cuentas, se difuminan en una multitud de relaciones. La tejuela, esta misma que tengo en mis manos, ha sido albergue de arañas e insectos, ha permitido que el musgo crezca sobre ella y el agua corra como por su cauce propio venido de las nubes.

Las ideas del perspectivismo amerindio me hacen mirarte de otra manera, tejuela. Según las investigaciones de Viveiros de Castro (2013), todos los seres, absolutamente todos, compartimos la humanidad. Fuimos humanos y devenimos en plantas, animales, rocas. Esta idea metafísica, diría un occidental, invierte las tesis darwinianas. No solo son las perspectivas las que se modifican, sino y sobre todo, el punto de partida. El inicio es lo humano. Dicho así, la tejuela, esta tejuela que sostengo en mis manos, no solo tal vez quiere volver a ser alerce, sino que busca volver a ese estado primigenio anterior al alerce que es su humanidad. Hay una humanidad escondida en la tejuela de alerce. Por las venas de la tejuela corre aún el sueño, la ensoñación, de su ser humana. Comparto, entonces, esa condición primigenia con la tejuela. Mientras la sostengo ella me piensa, probablemente. Y yo la pienso, la imagino también en su estado anterior anterior anterior.

Intento elaborar esa línea, de la que sugerentemente habla Tim Ingold (2018), que juega y se mueve, formando figuras en el tiempo hacia un porvenir desconocido. Si desde el perspectivismo amerindio el humano es la condición de partida (Viveiros de Castro, 2013), quizás yo también, entonces, algún día llegue a ser una tejuela. Una tejuela que cobijará las techumbres de casas humanas. Una tejuela pequeña en una iglesia chilota.

Según Deleuze y Guattari (2002, 2005), las distinciones son unilaterales; cuando la materialidad (forma) cambia, esta se distingue de la anterior, pero la primera no lo hace. Ingold (2018) sigue la misma idea explicando que la línea se distingue del suelo, sin que el suelo se autodistinga de la línea. Entonces, es posible que el alerce que te dio la vida, tejuela, te siga viendo como un árbol, como un alerce más, como una continuidad de su forma. Pero para la tejuela el alerce es otra cosa que ella. Ella ya no es eso de dónde vino. Se establece una continuidad y una ruptura, una semejanza y una discontinuidad. Las formas van cambiando en el espacio y el tiempo, más aún, en palabras de Emanuele Coccia (2020), las formas hacen el espacio. Ellas no están en el espacio solamente; en ese espacio abstracto e imaginario. Son las formas las que construyen el espacio, hacen que sea. Son las tejuelas las generadoras de un

De tejuelas y alerces

espacio nuevo, distinto del espacio de los alerces que van conformando un bosque. Son los alerces en el bosque los que hacen que exista el bosque de alerces. Son las tejuelas arrojando el hogar las que hacen que aquello sea más que un simple cubo de paredes frías. Son ellas las que van configurando la piel del territorio (De la Sotta y Lares, 2019; Ramos, 2018).

La tejuela es tantas cosas, alberga tantos espacios, cuenta tantas historias. ¿Cuál de ellas me quieres contar? ¿Qué otras manos te sostuvieron al martillarte en esa casa de Colo? ¿Cuántas fiestas y celebraciones presenciaste? ¿De dónde venían esas personas que al ritmo del acordeón bailaban sin percatarse de tu alegría, tejuela?

Y de súbito me pregunto por tu actualidad, por el presente de tu existencia en mis manos. ¿Cómo saber si te estás muriendo? ¿Cómo entender cuándo dejas de ser sintiente y ya no eres más que un cadáver con forma de tejuela, o acaso entre ustedes no hay algo como un cadáver? ¿Cenizas? ¿Desaparición? ¿Tierra? ¿Cómo nombrarte en tus distintos estados sin manipular lo que eres, sin robarte la belleza?

2. El bosque lejano



Figura 2: Entrada al Parque Nacional Alerce Costero. La Unión, Región de los Ríos. **Fotografía:** Pedro Pablo Achondo M.

No estoy en el bosque. He estado, varias veces. Sé lo que es un alerce, sé lo que es un bosque húmedo del sur de Chile, lleno de frescor y vida. El bosque está lejos de la tejuela; más bien ella se ha alejado transportada por mí como una inmigrante ilegal. Escondida en el asiento trasero pasaba de ciudad en ciudad cada vez más lejos de su tierra, de su bosque; de ese lugar inmemorial donde miles de años tuvieron que transcurrir para llegar a ser, para llegar a estar.

Quiero volver al bosque de alerce. Al bosque bosque, como se usa en Chile para relevar la verdad de lo que se está diciendo. Como al decir café café o muy muy. Quizás es un resabio del mapudungún que al repetir aumenta. Nosotros certificamos. En fin, quiero volver al bosque real y no a ese que me muestran en fotografías de páginas de ecoturismo, ni caminar como en esas experiencias artificiales donde pareciera que nada pica, nada pincha, nada molesta ni nada duele. Quiero ir al bosque a sentir cómo la temperatura cae abruptamente al esconderse el sol. Quiero ir al bosque como quien recorre el territorio familiar; como quien vuelve a un espacio denso en memoria y cargado de recuerdos. Solo que esta vez son los recuerdos de la tejuela.

Quiero enfrentarme fenomenológicamente a esas torres enormes de madera, a esos recovecos “naturales” entre árbol y árbol, transitar los no-caminos que el bosque en su autoorganización simpoiética va generando. Quiero mirar hacia arriba y no alcanzar a asimilar esas escalas no humanas, esas perspectivas otras que no me pertenecen y que desconozco.

Pienso el bosque como un revoltijo de seres, como un enmarañado biodiverso de actantes. Todos y todas y todes allí influyéndose. Generando las líneas de Ingold y las huellas de Tsing. Así los veo, en esa mixtura de temple y tiempo, de clima y atmósfera, de ambiente y sentimiento. ¿Me permiten entrelazarme con ustedes? ¿Podré entrar un poco en esos nudos del sentipensar del bosque de alerce? ¿Me contarán también ustedes algo de esas historias inmemoriales? ¿Cuándo padecieron por vez primera el fuego? ¿Qué especies ya se han ido y ni siquiera dejaron rastro? ¿Qué humanos pasaron por aquí—un aquí que sin problemas puede ser geolocalizado en el momento en que se leen estas líneas—cuando 3000 años atrás, en Atenas, moría el rey Arquipo, o los fenicios comenzaban sus primeros viajes por el mar Mediterráneo? En realidad, qué digo, si ya en la misma Región de los Lagos, en Monte Verde a orillas del río Maullín, se han encontrado vestigios de comunidades humanas de hace 14 000 años (UNESCO World Heritage Convention, S.f.).

¿Qué es el tiempo si al decirlo ya no lo comprendemos? ¿Qué son 14.000 años atrás? ¿Había un bosque anterior de alerces que a su vez ya había desaparecido y dado paso a estos que a su vez desaparecieron y dieron paso al que tal vez hoy día podemos visitar? Las escalas y temporalidades, los territorios móviles que mutan y se transforman y nos transforman con ellos, y nosotros y la técnica los transformamos, a su vez, en una simbiosis permanente (Achondo, 2021b).



Figura 4: Bosque de alerce después de incendios forestales. Cordillera Pelada, Región de los Ríos. **Fuente:** Külawen.

Pero hoy el bosque está herido y moribundo (Lawner, 2019). Los árboles como gigantes calcinados, quemados, en algunos sitios, por un rayo antiguo y, en otros, por incendios forestales con el propósito de arrancarlos de sus raíces y venderlos como madera, tablas, tejuelas y leña. ¿Qué hay del Antropoceno en ti? Le pregunto a la tejuela en mi mano. Sin llorar sé que lo hace, sin decir sé que recuerda, sin gritar sé que me mira.

Tejuela del Antropoceno, del Capitaloceno, del Chthuluceno y del Plantropoceno, como lo nombra Natasha Myers (2017b) queriendo empujar a los humanos hacia el mundo de las plantas. Como vía de escape, tal vez. Como redescubrimiento de nuevos territorios, sí. Como invitación simbiótica de nuevos relatos, también. Apodos, nominaciones, narrativas, culpables...

Hemos devastado los bosques. Hemos generado una perturbación sin precedentes. Donna Haraway prefiere hablar del Chthuluceno (2016b). Un Antropoceno con esperanzas, la cola del Antropoceno en vistas de otro habitar multiespecie. Un Antropoceno pequeño, local, territorial (Ulloa, 2017). Una ficción para ironizar con las narrativas aun modernas del Antropoceno y del Capitaloceno. Anna Tsing et al. (2019) proponen algo similar. Hablar de Antropoceno con un pero. Antropoceno sí, pero. La antropóloga seguidora de huellas es crítica del concepto, como concepto. Pero acepta que hay una idea detrás que puede ser útil. Una idea que debe comprenderse en plural, en cuanto antropocenos. Hay uno grande y hay otros pequeños, locales, situados, territorializados. La idea se concreta en el habitar real de las comunidades. No es lo mismo una nominación abstracta que otra encorporizada. El

Antropoceno son los múltiples y diversos antropocenos. Allí es donde hay que mirar. Las grandes historias toman su forma de las pequeñas y sus ritmos particulares. De lo contingente y de los eventos asimétricos, dirán Tsing et al. (2017). Allí es donde queremos mirar. Para Tsing et al. (2019), lo importante son las historias que nos cuentan territorios específicos. Se trata de poner en puntos suspensivos la vida humana en espacios más-que-humanos. El Antropoceno debe ser comprendido en su irregularidad.

De ese modo el bosque es un bosque situado. Concreto. Con historia, rostro y transformaciones. La tejuela en mi mano pertenece a un bosque perturbado presente en el Chthuluceno. Un bosque lejano a mí. Ajeno a mi existencia. En un allá que, a pesar de todo, me importa, me preocupa, me interesa. Genero una línea -afectiva- hasta ese bosque desconocido, ante esa naturaleza perturbada antrópicamente. Pienso el bosque del pequeño antropoceno de la región de los Lagos. Alterado y afectado, alterando y afectando. Pienso en el bosque de la región de los Ríos. Regiones inexistentes para el bosque. Límites antrópicos invisibles para el pluriverso-bosque. En el Chthuluceno no hay tales límites, una señalética no es nada, ha perdido su significancia. No dice, es muda. El bosque posee sus propias reglas, ligadas al viento y la biosfera; enmarañadas de pájaros, insectos y una variada clase de animales y espíritus que deambulan por él. El bosque posee una vida propia en las alturas de sus ramas y copas, donde el viento mece las hojas danzando con ellos, conversando, tejiéndose con ellos. La vida de arriba del bosque. La vida tímida de las copas.

Pero el bosque del Chthuluceno posee también una vida de abajo. Una sub-vida bajo el suelo donde las raíces se comunican y entrelazan unas con otras comunicándose gracias a los hongos. Los hongos poseen una red de filamentos (hifas) llamada micelio. El micelio simbióticamente es aprovechado por los árboles para alimentarse y absorber los nutrientes allá abajo donde habitan sus raíces (Schwartzberg, 2019). El micelio es una gran malla que conecta alerce y alerce y planta y planta por debajo de la tierra. Un mundo fascinante se desarrolla en el subsuelo del bosque del Chthuluceno. Ese bosque que no ha sucumbido completamente al pequeño antropoceno devastador de las forestales del sur de Chile.

Y, era de esperar, hay también un tercer nivel en el bosque sobreviviente. El nivel del suelo. El nivel humano. El nivel del humus, de la tierra. Allí humus y humano cohabitan con el bosque del Chthuluceno. Dudo del medioambientalismo tradicional y desconfío del conservacionismo sin humanos. El bosque híbrido y compostado no pretende quedarse inmaculado en su lugar. Mucho menos transformarse en un paisaje más del capitalismo. Por esa razón, dentro de muchas otras, el bosque debe resistir la domesticación (en cualquiera de sus formas); debe mantener esa cuota de dureza, aspereza, frialdad, lejanía, dificultad y misterio. En otras palabras, el bosque del Chthuluceno permanece en su pathos. Es un bosque patético que no se deja poseer. Se defiende haciendo padecer a quien lo intente. El bosque se queda con el problema luchando contra el capitalismo y sus greenwashing, sus productos ecofriendly y sus guardianes medioambientales. El bosque permanece bosque, lejos de las ideas conservacionistas de quienes creen que el mejor mundo es un gran parque reservado, prístino e inviolable (Achondo, 2020). El bosque cambia, se modifica, muta, se regenera, muere y compostándolo todo da paso a otras

formas de vida. Natasha Myers cuenta como el bosque de robles necesitaba cada cierto tiempo un incendio para continuar viviendo. Seguramente en algún momento esto sucedía gracias al clima, a una tormenta fuerte y los rayos que caían en la zona. Luego, las comunidades indígenas de Canadá sabían de ello debido a la experiencia territorial acumulada. Por tal motivo, ellos provocaban los necesarios

incendios, en un actuar simbiótico con sus especies compañeras y de esa manera continuar habitando juntos el territorio. Pero una vez que las autoridades canadienses decretaron que el bosque debía ser protegido y las comunidades fueron expulsadas, el bosque comenzó a morir; ahogado por las propias plantas. Los colonos orgullosos se dieron cuenta de que algo faltaba y metieron ovejas; pero con el tiempo volvieron a fracasar pues las ovejas no solo se comían las plantas sino también los pequeños robles que empezaban crecer (Myers, 2017a, pp. 83-85).

El bosque está lejos, en el tiempo y en el espacio, albergando una multiplicidad de tiempos en el mismo espacio; y una variedad de espacios en el mismo territorio. Cada tronco relleno de tejuelas milenarias, centenarias. Cada tronco como un refugio del tiempo futuro. En cada tronco una casa, una iglesia, una pared, una pieza, una bodega... ¿Qué veo cuando veo un bosque? ¿Qué pienso cuando imagino un alerzal? ¿Qué historias van a contarme ustedes, ancestros, abuelos del ecosistema? Recuerdo de pronto que los mapuche los llaman *lawan*, que algunos traducen como abuelo, pero que alude a la vida larga, a la vida que continúa después. Y pienso en ellos como gente de la tierra. Y luego en los incas, no sé por qué, como gente del sol. Me pregunto, ¿habrá “gente de los árboles”, “gente del bosque”, “gente de los alerces”? ¿Seremos nosotros los futuros y nuevos *lawanche*?

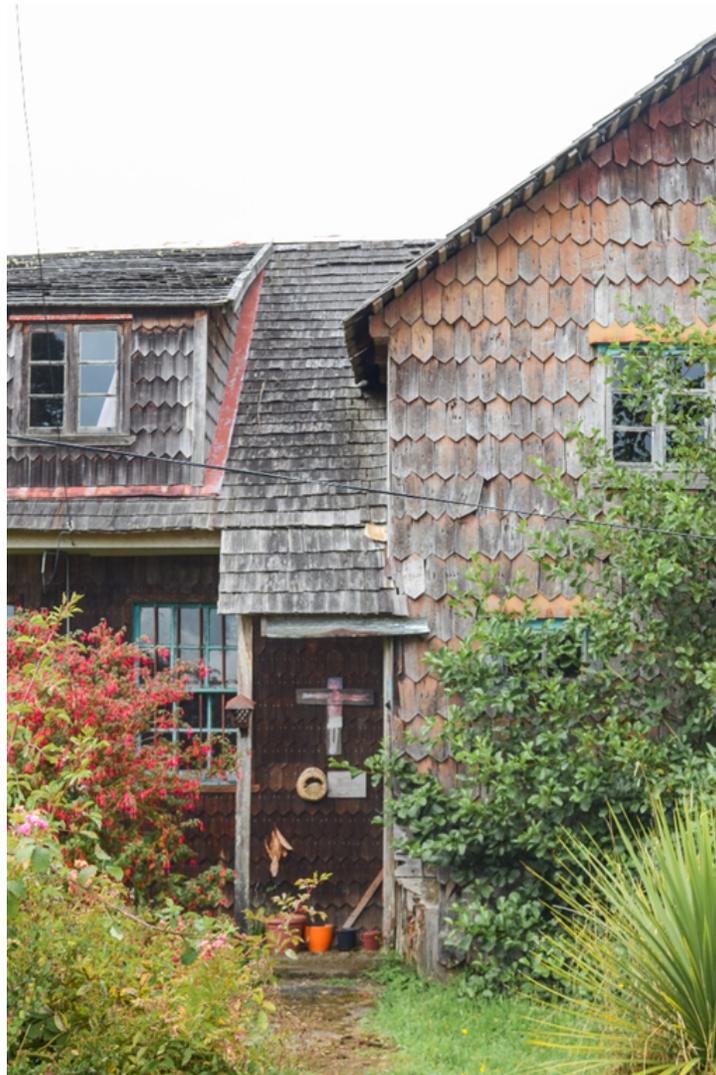


Figura 3: Casa en donde vivía Mariano Puga y la tejuela de alerce. Colo, Chiloé. Fotografía: Isidora Ayala C. (2020)

EPÍLOGO

Una epistemología posthumanista en la línea de lo que Donna Haraway lleva realizando en sus últimas publicaciones y conferencias nos permite pensar de otra forma y, de ese modo, comprender la realidad a partir de otros conceptos, ideas y ficciones. Si bien nuestra autora se denomina a sí misma como compostista y no posthumanista (Haraway, 2016b), sabemos que ella y su trabajo se comprenden desde la crítica feminista y dentro del universo plural, amplio, creativo y desigual del posthumanismo (Bennet, 2016). “Las historias para vivir en el Chthuluceno demandan una cierta suspensión de las ontologías y epistemologías” (Haraway, 2016b, p. 88), en vistas de construir nuevas y experimentales historias de la naturaleza. Así, todo trabajo de contar historias tentaculares es un trabajo de compost.

Las historias territoriales y temporales de la tejuela de alerce en su enmarañada red de relaciones, nos permiten “aprender de nuevo” y redescubrir dimensiones de lo humano necesarias para vivir y morir bien en los contextos de crisis ecosocial en que nos encontramos inmersos (Haraway, 2016b, p. 98). Se trata, pues, de pensar de otras maneras y dejar que las historias que vayamos construyendo nos permitan comprender los espacios, los territorios y el habitar de una manera nueva, creativa y cargada de esperanza. Vivir en un planeta dañado es un arte (Tsing et al., 2017; referencia citada numerosas veces por Haraway, 2016b) para el cual las historias y la creación de nuevos mundos se hace imprescindible. De ese modo, la tejuela de alerce, el bosque y el oficio del tejuelo pueden comprenderse de una manera totalmente distinta si su historia es reformulada y reinterpretada en tiempos del Antropoceno. Es lo que en otro artículo he desarrollado en términos de “Dendrografías”, historias entre alerces, desde los bosques (Achondo, 2022). Es, particularmente, en los “pequeños” y profundos antropocenos marcados por el extractivismo, la segregación y explotación de pueblos, comunidades y ecosistemas en América Latina (Svampa, 2019; Ulloa, 2017) donde se encuentra narrada la esperanza, resistencia y creatividad. Quizás el adentrarse a estas historias constituya una oportunidad para construir nuevos parentescos y generar nuevas alianzas, multiespecie y multimaterialidades, si se quiere, basadas en la responsabilidad y el cuidado (Haraway, 1995, 2016a, 2016b). En definitiva, en una forma de habitar los territorios cargada de sentido y futuro. A fin de cuentas la tejuela en mis manos ha transformado el territorio que habito y me ha permitido respirar el bosque del pasado y la memoria de una amistad de una manera nueva: afectiva, enmarañada y cargada de esperanza.



Figura 4: Torre de la iglesia San Antonio de Colo, Chiloé. **Fotografía:** Isidora Ayala C. (2020).

LISTA DE REFERENCIAS

- Achondo, P. P. (2020, 3 de julio). ¿Conservando o Cohabitando? Algunas trampas del conservacionismo. Amerindia.
<https://amerindiaenlared.org/contenido/17444/conservando-o-cohabitando-algunas-trampas-del-conservacionismo/>
- Achondo, P. P. (2021a). Imaginando nuevos vínculos en el Antropoceno: otras correspondencias e historias entre el bosque de alerces, las tejuelas y los humanos. *Revista LIDER*, 23(38), 21-39.
<https://doi.org/10.32735/S0719-5265202138327>
- Achondo, P. P. (2021b). Los lenguajes de la tejuela de alerce y los territorios que no vemos. *Cuaderno*, 134, 71-87. <https://doi.org/10.18682/cdc.vi134.5014>
- Achondo, P. P. (2022). Dendrografías. Escribiendo con alerces. [sic], (32), 148-158.
- Achondo, P.P. y De la Sotta, P. (2023-2024). La memoria territorio-afectiva del alerce y la tejuela como la huella de una identidad que permanece viva. *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación [Ensayos]*, 185(24), 23-29.
- Barichivich, J. (2022). En Welsh, C. What's the oldest tree on Earth—and will it survive climate change? *National Geographic*.
<https://www.nationalgeographic.com/environment/article/whats-the-oldest-tree-on-earth-and-will-it-survive-climate-change>
- Bennett, L. (2016). "Thinking like a Brick: Posthumanism and Building Materials" En: Taylor, C.A. et al. (eds.). *Posthuman Research Practices in Education*. UK: Palgrave Macmillan. DOI: 10.1057/9781137453082_5
- Chilebosque. (2016). Ficha de descripción de Fitzroya cupressoides.
http://www.chilebosque.cl/flora/fitzroya_cupressoides.html
- Coccia, E. (2020, 21 de abril). Reversing the New Global Monasticism. Fall Semester.
<https://fallsemester.org/2020-1/2020/4/17/emanuele-coccia-escaping-the-global-monasticism>
- De la Sotta, P. y Lares, L. (2019, 10-17 de enero). La piel de Chiloé: un viaje a través del diseño de la tejuela. Proyecto Fondart Nacional 2018, Folio N° 457832. Presentado en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia* (J. Vázquez y U. Larraceleta, Trad.). Pre-textos.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2005). *Qu'és-ce que la philosophie?* Les éditions de minuit.
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies* 14 (3), pp. 575-599.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (M. Talens, Trad.). Cátedra.
- Haraway, D. (2008). *When Species Meet*. University of Minnesota Press.
- Haraway, D. (2016a). *Manifiesto de las especies de compañía* (I. Mellén, Trad.). Sans Soleil.
- Haraway, D. (2016b). *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Duke University Press.
- Haraway, D. (2019). *El patriarcado del osito Teddy. Taxidermia en el Jardín del Edén* (A. Gondra-Aguirre, Trad.). Sans Soleil.
- Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas* (A. Stevenson, Trad.). Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Lara, A. (1998). Alerces: gigantes milenarios del bosque chileno. En A. Hoffmann (Ed.) y Defensores del Bosque Chileno, *La tragedia del bosque chileno* (pp. 94-101). Ocho Libros.
- Lara, A. (2016). Los viejos lentos del bosque. *Academia* (19), 30-37.
- Lawner, M. (2019). Entrevista personal en torno al "Coigüe Moribundo" y su experiencia en Isla Dawson.
- Myers, N. (2017a). *Becoming Sensor in Sentient Worlds: A More-than-natural History of a Black Oak Savannah*. En G. Bakke y M. Peterson (Eds.) *Between Matter and Method: Encounters in Anthropology and Art* (pp. 73-96). Bloomsbury.
- Myers, N. (2017b): *From the Anthropocene to the Planthropocene: Designing Gardens for Plant/People Involution*. *History and Anthropology*, 28(3), 297-301.
<https://doi.org/10.1080/02757206.2017.1289934>
- Ramos, F. (2018): *Tejuelas de Chiloé. La piel del archipiélago*. Liberalia.
- Schwartzberg, L. (Director). (2019) *Fantastic Fungi* [Película]. Moving Art.
- Svampa, M. (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. CALAS.
- Tsing, A., Mathews, A. y Bubandt, N. (2019). Patchy Anthropocene: Landscape Structure, Multispecies History, and the Retooling of Anthropology: An Introduction to Supplement 20. *Current Anthropology*, 60(S20), S186-S197.
<https://doi.org/10.1086/703391>

Tsing, A., Swanson, H., Gan, E. y Bubandt, N. (Eds.) (2017): Arts of Living on a Damaged Planet: Ghosts and Monsters of the Anthropocene. University of Minnesota Press.

Ulloa, A. (2017). Dinámicas ambientales y extractivas en el siglo XXI: ¿es la época del Antropoceno o del Capitaloceno en Latinoamérica? *Desacatos*, (54), 58-

73. <https://doi.org/10.29340/54.1740>

UNESCO World Heritage Convention. (S.f.). Monte Verde Archeological Site. <http://whc.unesco.org/en/tentativelists/1873/>

Viveiros de Castro, E. (2013). La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio. Entrevistas. Tinta Limón.